

que se puso en pie y saludó á Pompeyo en lengua romana con el nombre de *imperator*, que es decir soberano capitán; y Aquilas saludó también en lengua griega y le dijo que pasara á su barca, porque á lo largo de la orilla había mucho limo y bancos de arena y no había bastante fondo para su galera. Pero al mismo tiempo se veían de lejos muchas galeras del rey que se armaban con presteza y toda la costa cuajada de gente de guerra, de tal modo que aun cuando Pompeyo y los que lo acompañaban hubieran querido mudar de parecer, no hubieran podido ya salvarse, y si hubieran hecho demostración de desconfianza, habrían dado al asesino pretexto para ejecutar su maldad: por lo cual, despidiéndose de su mujer Cornelia, la cual ya, antes del golpe, hacía las lamentaciones de su fin, mandó á dos centenarios que entraran en la barca del egipcio delante de él, y á uno de sus siervos manumisos, llamado Filipo, con otro esclavo de nombre Escines. Y cuando ya Aquilas le ten-



Tolomeo Auletes. (De una moneda) (1)

día la mano desde su barca, se volvió hacia su mujer y su hijo y les dijo este verso de Sófocles:

*El más libre es ya esclavo, en cuanto entra del príncipe en la casa...*

«Estas fueron las últimas palabras que dijo á los suyos, cuando pasó de su galera á la barca. Y como había gran distancia de su galera á tierra firme, viendo que en el camino nadie le decía palabra de grata conversación, miró á Septimio á la cara y le dijo: «Me parece que te reconozco, camarada, por haber estado alguna vez en la guerra conmigo.» El otro le hizo sólo señal con la cabeza de que era verdad, sin darle otra respuesta ni hacerle halago ni cumplimiento ninguno: por lo cual no habiendo nadie que departiera con él, tomó un librito en que había escrito una arenga en habla griega, que pensaba dirigir á Tolomeo, y se puso á repararla. Cuando iban arribando á tierra, Cornelia con sus domésticos y familiares amigos, se levantó mirando con grande ansiedad y lástima cuál sería el resultado. Y le pareció que debía esperar, cuando vio mucha gente del rey que acudía á la bajada de él como para recibirlo y honrarlo; pero en este punto, así como él tomaba la mano de su liberto Filipo para levantarse con más comodidad, Septimio vino por detrás y lo traspasó con su espada, y Salvio y

(1) Clarac, *Icomog.* Auletes tiene en sus monedas la corona de laurel, que no merecía ciertamente.

Aquilas sacaron las suyas para rematarlo: entonces Pompeyo se cubrió la cabeza con la toga, y sin decir ni hacer ninguna cosa indigna de él, sufrió los golpes que le dieron, sólo suspirando un poco. Tenía cincuenta y nueve años de edad y acabó su vida el día siguiente al de su nacimiento.

«Los que estaban á bordo de sus barcos en la rada, cuando vieron esta muerte, lanzaron clamor tan grande que se oyó hasta la costa, y levando pronto áncoras, se hicieron á la mar huyendo, para lo cual les sirvió el viento que sopló tan luego como estuvieron en altamar; de manera que los egipcios que se aparejaron para darles caza, cuando vieron esto, desistieron; y habiéndole cortado la cabeza, echaron fuera de la barca el tronco del cuerpo, dejándolo expuesto á quien tuviera ganas de ver tan miserable espectáculo.

»Filipo, su liberto, permaneció siempre á su lado hasta que los egipcios se hartaron de mirarlo, y después de lavarlo con agua de la mar y envolverlo en una pobre camisa suya, por no tener otra cosa, buscó á lo largo de la playa restos de alguna vieja barca de pescador para quemar un pobre cuerpo desnudo y no entero aun. Cuando los recogía y juntaba sobrevino un romano, hombre de edad, que en sus años juveniles había hecho la guerra bajo la conducta de Pompeyo, y le preguntó: «¿Quién eres, amigo mío, que haces tal apresto para los funerales del gran Pompeyo? — Filipo le respondió que era un liberto suyo. — ¡Ah! exclamó el romano; no tendrás tú solo ese honor y te ruego me recibas en tan santa y piadosa obra, á fin de que no tenga yo ocasión de quejarme en todo y por todo de haberme habituado al país extranjero, habiendo encontrado, en compensación de los muchos males que he sufrido, siquiera la buena ventura de tocar con mis manos y ayudarte á sepultar al más famoso capitán de los romanos.» He aquí cómo fué sepultado Pompeyo (29 set. — 24 julio 48).

»El día siguiente Lucio Léntulo, sin saber nada de lo que había pasado, pues llegaba de Chipre, venía singlando á lo largo de la playa, y viendo una hoguera funeraria, y cerca de ella á Filipo, al cual no conoció de primeras, le preguntó: «¿Quién es ese, que habiendo acabado aquí los días de su destino, reposa en este lugar?» Pero de pronto, lanzando un gran suspiro, añadió: «¡Ah! por desgracia ¿eres tú, gran Pompeyo?» Después de esto saltó en tierra, donde luego al punto fué cogido y asesinado también (2).

La historia hace lo que César, que lloró sobre el triste fin de su rival. Pero si bien se concede que los servicios de Pompeyo, que el esplendor de su vida militar y la dignidad de su vida privada merecen elogios, hay que condenar, sin embargo, la estéril ambición y las perpetuas indecisiones del hombre que no quería el poder sino para hacer ostentación y gala de su púrpura triunfal. Talentos, después de todo ordinarios, no bastan para merecer el título de hombre de Estado; á este título no se tiene derecho, sino á condición de haber comprendido bien las necesidades de la época y por consiguiente el porvenir que se acerca, después, reconocido este fin, de haber marchado hacia él resueltamente.

Pompeyo, que tantas veces pasó del senado al pueblo y del pueblo al senado, no tuvo nunca otro móvil que el interés de su grandeza. En su historia resalta una moralidad política: el fugitivo de Farsalia era el tráfuga de todos los partidos.

(2) Plutarco, *Pomp.*, versión de Amyot. Ciento sesenta años después, Adriano le erigió un sepulcro (Spart., *Hadrian.* 7).

## CAPITULO LVII

### LA GUERRA CIVIL Y LA DICTADURA DE CÉSAR DESDE LA MUERTE DE POMPEYO HASTA LA DE CATÓN (48-46)

#### I. — GUERRA DE ALEJANDRÍA (OCTUBRE 48 Á JUNIO 47). EXPEDICIÓN CONTRA FARNACES

César sabía acabar sus victorias. Dejando á Cornificio en la Iliria para vigilar á Catón y la flota pompeyana, y á Galeno en Grecia para reducir á los pueblos, partió con dos legiones, que apenas constaban de tres mil doscientos peones y ochocientos jinetes, y siguió las huellas de Pompeyo, á fin de no darle tiempo á rehacer un ejército. Según una narración poco verosímil, cuando pasaba el Helesponto en una barca, hubo de encontrar á Casio al frente de diez galeras pompeyanas y le intimó la rendición. Turbado Casio se rindió, sin pensar que un solo golpe podía acabar la guerra (1). Cosa más cierta es que horriblemente oprimida el Asia por Escipión, supo con júbilo qué dominador le deparaba la suerte de las armas. El vencedor descargó á la provincia de la tercera parte de los impuestos, le permitió repartir por sí misma el tributo y hasta cambió el sistema tributario, sustituyendo el desastroso régimen de las décimas con una contribución fija: de modo que sólo quedó á los publicanos la recaudación de algunos impuestos indirectos de poca importancia. Contaba, por de contado, con encontrar en Egipto el dinero que no quería pedir á la empobrecida Asia.

Pocos días después de la muerte de Pompeyo llegaba á vista de Alejandría con treinta y cinco barcos y cuatro mil hombres. Cuando Teodoto le presentó la cabeza de su rival desvió la vista con horror y ordenó que se enterraran piadosamente aquellos tristes restos en una capilla, dedicada á Némesis, que hizo erigir á las puertas de la ciudad.

Los ministros del rey se sintieron ofendidos de los honores dispensados á su víctima, y viendo á César tan mal acompañado, hubieron de olvidar que tenían en su presencia al dueño del mundo. Excitados secretamente los soldados egipcios, decían en alta voz, cuando pasaban los lictores, que la presencia de estos era un atentado á la majestad real, y todos los días había tumultos y contiendas de las que salía herido ó muerto algún legionario.

Cuando para pagar sus tropas, reclamó el cónsul una antigua deuda de Tolomeo Auletes, importante diez millones de sestercios, contestó Potino desdeñosamente que César tenía aún entre manos negocios muy graves que arreglar, que le tendría cuenta partir cuanto antes para arreglarlos, y que á su vuelta recibiría, con las gracias del rey, todo lo que le era debido. Demasiado claro era este lenguaje; pero César no podía ni quería partir. Los antiguos decían que de noviembre á marzo la mar estaba cerrada. Los vientos etesios ó del Norte, que soplaban con violencia en el Archipiélago, interrumpían la navegación de Egipto á Grecia y condenaban al vencedor de Pompeyo á permanecer en Alejandría.

Ahora bien, César tomaba muy á pecho los intereses de

(1) Es la narración de Apiano y de Plutarco. La de Cicerón (*Philipp.* II, 11) merece más confianza. Casio, dice, esperó á César en la embocadura del Cidno para matarlo, y César se libró de la muerte por casualidad.

Roma para no utilizar su forzosa permanencia á orillas del Nilo en arreglar los negocios de Egipto, según las conveniencias de la república; y el interés de la república era que los asesinos de Pompeyo que con tal entono y tanto desdén hablaban á César, dejaran de ser los dueños de aquel rico y apetecible reino, puesto de mucho atrás bajo la clientela de Roma. Como primer paso envió secreto aviso á Cleopatra para que volviera, y la joven reina «partió solo con su confidente Apolodoro, llegando de noche á las puertas del palacio; mas como no podía entrar sin ser reconocida, se envolvió en un lío de ropas, que Apolodoro ciñó con una correa y llevó adonde estaba César. Aquella princesa que acababa de levantar un ejército para hacerse por sí misma justicia y respondía tan audazmente á su llamamiento, era la aliada que necesitaba, y en nombre de Roma que había recibido la tutela de aquella dividida raza real, obligó á Dionisios á reconciliarse con su hermana.»

Plutarco, cuyas palabras hemos transcrito, no ve en esto más que una aventura amorosa; yo veo también y sobre todo un negocio político. Los ministros comprendieron desde luego que su ruina era el precio de esta reconciliación, y para romperla indujeron al joven rey á huir del palacio y llamar al pueblo en su ayuda. Los romanos cogieron muy pronto al príncipe fugitivo; pero esta tentativa de evasión excitó en la ciudad un levantamiento que César procuró calmar leyendo al pueblo el testamento del último rey, Auletes, y declarando que á título de tutor, ordenaba, conforme á la última voluntad del real difunto, que Tolomeo y Cleopatra reinaran juntos.

La sublevación no tuvo consecuencias. Potino se resignó al parecer, pero en secreto llamó á Aquilas que mandaba en Pelusio veinte mil hombres de buenas tropas, gracias á los cuadros romanos que Gabinio había dejado en Egipto. César hizo que Tolomeo les prohibiera cometer ninguna violencia, y por toda contestación dieron muerte á los enviados. Cuatro mil romanos tuvieron entonces que hacer frente á veinte mil soldados aguerridos ó ejercitados á lo menos, y á un pueblo irritado de trescientas mil almas. Al norte de la calle Canopica ocuparon parte del *Bruchion*, donde estaban el palacio real y el teatro; después cerraron todas las avenidas llegando á hacer de aquel conjunto de sólidas construcciones una vasta fortaleza, donde Aquilas perdió muy luego las esperanzas de forzarlos. Para cortar sus comunicaciones con el mar, atacó en el puerto la flota real de que César se había apoderado, y no pudiendo salvarla los romanos le pegaron fuego. El incendio se corrió al arsenal y destruyó la famosa biblioteca de los Tolomeos que contenía, según dicen, cuatrocientos mil volúmenes.

Desde el interior del palacio sostenía Potino activa comunicación con los sitiadores: César lo hizo matar y encerró más estrechamente á Tolomeo. El eunuco Ganimedes, confidente de Potino, consiguió sin embargo evadirse con Arsinoe, hermana menor del rey, y la condujo al campamento, donde fué saludada con el título de reina. Ganimedes, hombre inteligente y activo, aprovechó en su favor la buena disposición de los soldados; indujolos á dar muerte

á Aquilas, ocupó su lugar y creyó haber encontrado el medio infalible de destruir el ejército de los romanos, cortando los acueductos que suministraban agua al *Bruchion*, ocupado por ellos, y haciendo llegar, por medio de máquinas, el agua de la mar á sus cisternas. Pero los romanos hicieron pozos y esperaron con paciencia los refuerzos que César había pedido á Domicio Calvino, gobernador de Asia.

Era Domicio un hombre hábil, que nombrado para este cargo, después de Farsalia, lo había ya reorganizado todo. Con esto pudo enviar al dictador una legión por tierra y otra por mar, arrojada por los vientos al Oeste de Alejan-



Némesis, la justicia distributiva

dría. César con algunos barcos salió á buscar la segunda, y á su vuelta batió á Ganimedes, que quiso cortar el paso. El eunuco reparó sus galeras y construyó otras, obstinado en cerrar la mar para rendir por hambre á los romanos. En frente de la ciudad se extendía la isla de Faros, unida á la costa por un muelle. César la atacó y logró apoderarse de ella. Pero los alejandrinos continuaron obstinadamente sus esfuerzos para destruir su flota, y César se vió un día tan estrechado que sólo pudo salvarse arrojándose al mar, donde se dice que nadaba con una mano y procuraba con la otra fuera del agua preservar sus *Comentarios*. Otra leyenda, que ha de suprimirse: César no llevaría sus manus-

(1) Estatua del Louvre. El brazo derecho así plegado es la actitud característica de esta deidad, porque representaba la medida de un codo, que se tomaba alegóricamente para medir el castigo ó la recompensa. El cuerno de la abundancia simboliza los bienes que la diosa aseguraba á los justos. La cabeza es antigua, pero bien adaptada, como el cuerno de la abundancia (Clarac, *Descrip. des Antiq.* n.º 318).

critos para un combate en el puerto de Alejandría (2).

Al fin hubo de impacientarse en esta lucha que le hacía perder un tiempo precioso y correr inútiles peligros, y entregó á los alejandrinos su rey con la esperanza de llegar á un acomodamiento ó de introducir la división entre sus enemigos. Pero esta concesión, tomada como señal de flaqueza, no hizo sino enardecerlos y sorprendieron un convoy que llegaba de Cilicia.

Por fortuna, Mitrídates el Pergamense, que se suponía hijo del gran Mitrídates, y á quien César había encargado levantar tropas en Siria, reunió en esta provincia un ejército, que hubo de aumentarse en el camino con muchos judíos; porque este pueblo veía en el vencedor de Pompeyo el ejecutor de los decretos de Jehová, contra el profano que había violado el Santo de los Santos. Mitrídates llegó á Pelusio á fines de enero del 47: la ciudad, aunque fuerte y bien guardada, no pudo resistirse á su ataque.

Hay dos llaves del Egipto, dice el autor de la *Guerra de Alejandría*: una es Faros, la puerta de mar, y la otra Pelusio, la puerta de tierra. Mitrídates había tomado esta, que aseguraba sus comunicaciones, y podía penetrar sin temor en el país. Remontó, pues, la orilla oriental del brazo pelusiaco y en un encuentro, cuyo honor principal mereció el padre de Herodes, arrojó al río un ejército egipcio que quería detenerlo. Esta victoria facilitó el paso del Nilo, que operó entre el Delta y Menfis. En esta ciudad habitaban muchos judíos, afectos al partido de César, en virtud de las cartas del Sumo Sacerdote Hircán, por lo cual suministraron á Mitrídates, auxiliares, víveres y cuantos datos y noticias le fueron útiles. Tal era el número de circuncisos en este ejército, que el lugar en que se dió la batalla decisiva conservó el nombre de *Campo de los Judíos*.

Al saber la aproximación del ejército de socorro, salió César de su fortaleza alejandrina, y tomando al Oeste, mientras Tolomeo remontaba con su flota el brazo canópico, operó felizmente su reunión con Mitrídates. Tolomeo asentó sus reales en una colina de la cadena Libica que viene á morir al Nilo, hacia Chom-Cherik, en el lugar en que Amasis, cinco siglos antes, había conquistado el Egipto contra Apries, y donde siete siglos después, lo conquistó Amrú contra los alejandrinos. Su flota anclada en el río y llena de arqueros y honderos podía cubrir de flechas y bolas de plomo el estrecho espacio que quedaba libre entre el Nilo y el campamento.

Con todo eso, los legionarios, después de pasar á viva fuerza un canal de irrigación, acometieron los reales; pero hostilizados á la vez por las flechas que partían del campamento y de la flota, se encontraron en una situación comprometida. Un habilísimo movimiento envolvente los desbarazó muy luego. Algunas cohortes hubieron de deslizarse inadvertidamente á espaldas del campamento, y lo asaltaron por las alturas: estaba mal guardado por aquella parte, por donde los egipcios creían que no había nada que temer, y por allí fué tomado. A vista de las águilas romanas en sus líneas, el ejército real se precipitó en desorden hacia la flota. En el tropel y confusión de la fuga, se ahogó el rey, como tantos otros, y un rico botín recompensó á los legionarios de su prolongada paciencia.

El Egipto aceptó pues por reina á Cleopatra que se casó con el menor de sus hermanos, Tolomeo Neoteris, mientras su hermana Arsinoe pasaba cautiva á Roma.

Habiendo salido gloriosamente de esta ruda prueba, per-

(2) Apiano (*Bell. civ.* II, 150) dice que á fin de ocultarse de los que lo perseguían, nadaba entre dos aguas, tomando sólo el aire para respirar.

maneció aún César dos ó tres meses en Egipto. Se le reprocha esta demora en volver á Roma. Cleopatra, se dice, lo embriagaba con todas las seducciones del ingenio y de la belleza; muelle y fastuosa como una hija del Oriente, vivaz y apasionada como una hija de la Jonia, la voluptuosa sirena encadenaba al héroe. Si César amaba el placer, amaba más su gloria y su fortuna, que una pasión senil hubiera comprometido (1). Después de once años pasados bajo la tienda de campaña, tenía derecho sin duda á algunos días de reposo; pero el momento de reposo no había llegado, cuando sus adversarios reconstituían en Africa un poderoso ejército y batían en Iliria á los cesaristas; cuando un nuevo Mitrídates se presentaba en Asia y estallaban turbaciones en España y pasiones revolucionarias en Roma y en Italia.

Con un hombre como César hay que ver las cosas por su lado serio: si antes no salió de Egipto fué en primer lugar porque le fué difícil, sino imposible salir, y luego por haberlo retenido allí un interés romano, mucho más que el amor de una mujer. Llevado á aquel país por el deseo de acabar la guerra apoderándose de Pompeyo, había caído en medio de un pueblo sublevado contra la tutela de Roma. Cada día pasado en aquel país era para él un día de combate, y como la opinión, aun en aquel tiempo, era una gran fuerza, no había querido salir de Egipto fugitivo. Después de la victoria fué preciso permanecer allí hasta hacer aceptar á la turbulenta Alejandría la condición de ciudad vasalla, garantizar la seguridad de las dos legiones que en ella dejó, robustecer la autoridad de los reyes que acababa de darle y calmar los resentimientos populares con homenajes á los dioses indígenas. No fué una simple complacencia con Cleopatra la razón de detenerse en esta solución en el negocio de Egipto (2). Hacer de este rico país una provincia hubiera sido exponer á peligrosas tentaciones al procónsul que se enviara á gobernarla. Augusto y los emperadores de dos siglos pensaron como César sobre este punto. Más valían jefes indígenas que serían útiles sin ser peligrosos. Pero era menester habituar al pueblo á temer ó respetar á unos reyes impuestos por el extranjero y este protectorado necesario exigía que la viril mano del dictador tomara y retuviera las riendas por algún tiempo.

Urgentes despachos lo llamaban á Roma; pero el Asia Menor estaba amenazada por el rey del Bósforo: entre un interés personal y el interés de la república, no vaciló, y en lugar de hacer rumbo hacia Italia, se resolvió á detener los progresos de Farnaces, aunque tuviera que ir á buscarlo al fondo de su reino.

Este hijo de Mitrídates, hecho por Pompeyo rey del Bósforo, había aprovechado la ocasión de la guerra civil para recobrar el Ponto y expulsar á Deyotaro y á Ariobarzanes de la Armenia y la Capadocia. El gobernador de la provincia de Asia fué batido al ir á defender estas dos provincias, y Farnaces, dueño ya de la mayor parte del antiguo reino de su padre, ejercía en él horribles crueldades, llevando cautivos á los publicanos y matando ó castrando á los romanos que traficaban en aquellas regiones.

César atravesó rápidamente la Palestina y la Siria: en la Judea reinaba de nombre el débil Hircán II, el último de los Macabeos, pero de hecho ejercía todo el poder su ministro idumeo Antipater. César reconoció al primero como

(1) César tenía entonces 55 años.

(2) Poco después de la partida de César dió á luz Cleopatra á Cesarion, y este alumbramiento fué, según costumbre, representado en un templo, en el de Hermonthis, cerca de Tebas. César no se cuidó de este niño ni lo mentó siquiera en su testamento.

jefe político y religioso de su nación, pero dejó el poder real al segundo, á quien hizo ciudadano romano y procurador de la Judea. De los dos hijos de Antipater, el mayor, Fasael, fué nombrado gobernador de Jerusalén, y el segundo, Herodes, obtuvo el gobierno de Galilea. Estos árabes judaizantes, procedentes de la Idumea, fundaban su fortuna en la ruina de los Macabeos y la cimentaron en la amistad de César, primero, y luego en la de los primeros emperadores.

Pompeyo había tratado bien á Antioquía; cuando hizo de la Siria una provincia romana dió la autonomía á esta ciudad; pero sus habitantes, cuya gratitud no era muy profunda, apenas supieron el desastre de Farsalia, se pasaron al partido del más fuerte. César los acogió y renovó en favor de ellos el decreto que garantizaba su independencia. Después pasó rápidamente á Tarso, adonde había convocado de antemano á los diputados de la Cilicia y de los



Tolomeo Dionisios (3)

países circunvecinos. Allí se informó de todas las cuestiones de interés, recompensó y castigó, dando mucho en materia de privilegios, pidiendo poco, á no ser dinero, que aquellas provincias se hallaban en estado de suministrar. Tenemos también un decreto, que recuerda sus favores á Afrodísias de Caria, declarada libre y exenta de impuestos. Muchas otras ciudades participaron de estas larguezas, que gravaban el porvenir, pero que aliviaban el presente, como quiera que se pagaban á dinero contante.

Restablecido el orden pronta y fácilmente en aquellos turbados países, atravesó á marchas dobles la Capadocia, deteniéndose dos días en Mazaca, su capital, restableció en el trono á Ariobarzanes y dió á un descendiente de la familia real el sumo sacerdocio del templo de Belona en Comana.

Deyotaro, que con el título de tetrarca poseía casi toda la Galacia, y con el de rey la Armenia Menor, salió á recibir á César sin insignias y con aire suplicante. Había combatido en Farsalia por la causa de Pompeyo, y esperaba expiar dolorosamente la falta de no haber sabido adivinar al vencedor. Según los antiguos usos, esta imprudencia debía costarle sus Estados y acaso la vida; sin embargo, salió bien librado del conflicto, pues César se limitó á re-

(3) Tolomeo ciñe la corona de hiedra, atributo de Baco, que los griegos llamaban con más frecuencia *Dionysos*. En otras monedas de este príncipe se ve también el tirso del dios.

convenirlo, á imponerle una multa y la pérdida de algunos distritos, autorizándolo para usar las insignias reales (1).

En el Ponto, procuró Farnaces negociar para dar largas al asunto; pero César no se dejó engañar por un bárbaro, bien que astuto, y siguió adelante, sin tener en cuenta el número de su ejército, que era bastante reducido: una sola legión de veteranos que no pasaban de mil hombres á causa de las bajas naturales y de campaña, las dos legiones de la provincia de Asia, batidas ya por el mismo Farnaces, y algunas tropas de Deyotaro. Pero con César los más bríos se hacían pronto bravos soldados y el enemigo se sen-



Cleopatra y César honrando á los dioses de Egipto (2)

tía de antemano vencido por aquel capitán á quien nadie había podido vencer.

Esta vez, sin embargo, Farnaces que se preciaba de haber ganado veintidós batallas, se atrevió á esperar al ejército romano, y aun fué el primero que rompió las hostilidades. César se sonrió ante aquella audacia (3) y una sola acción redujo al hijo de Mitrídates á huir con algunos jinetes hasta el Bósforo, donde murió á manos de Asander, que se había casado con su hermana Dinamis y ocupó su lugar. En cinco días estuvo terminada esta guerra. *Vine, et, venci*, escribía César á un amigo suyo en Roma. Dió el reino de Farnaces á Mitrídates Pergamense, que tan bien había conducido la expedición de Egipto, y como no podía asegurarle su posesión inmediata, añadió á esto, las tetrarquías galaicas de Deyotaro (4). «¡Dichoso Pompeyo, escribía César comparando estas guerras de Asia con sus campañas de las Galias, dichoso Pompeyo, que á tan poca costa adquirió el sobrenombre de Grande!» Después de haber arruinado la fortuna de su rival, arruinaba también su gloria.

## II. — VUELTA DE CÉSAR Á ROMA (47).

Arreglados los negocios de Asia, partió César, en fin,

(1) Este Deyotaro, cuyo retrato tan favorablemente hace Cicerón, su abogado, no era sino un hombre depravado. Plutarco lo representa como un déspota cruel. De los muchos hijos que había tenido, sólo dejó á vida al que había de sucederle. Mató también á su hija y á su yerno (Strab. XII, 568). Su nieto Cástor lo acusó en Roma de haber querido asesinar á César. Aquellos reyes de Asia no eran esposos ni padres. Es difícil saber lo que César dejó á Deyotaro, no estando de acuerdo en este punto Hircio, Cicerón y Dion Casio.

(2) Bajo relieve del templo de Denderah representando á Cleopatra y á César haciendo ofrendas á Hathor. (Rosellini, *Mon. stor.* II, 406.)

(3) ... *Irridebat inanem ostentationem* (Bell. Alex. 74).

(4) Mitrídates no llegó á tomar posesión de su reino, habiendo muerto también á manos de Asander (Strab. XIII, 625; Dion, XLII, 48; XLVII, 28).

para Italia donde su prolongada ausencia había causado graves desórdenes, y llegó antes de que se supiera que había partido.

Causaba estas turbaciones un personaje que ya hemos encontrado, Celio, aquel amigo de Cicerón, que lo declara un gran político, y en la historia sólo aparece como un enredador. Era, sin embargo, un hombre de ingenio, muy decididor en las reuniones y muy más maldiciente, y se metió en política, cuando el anhelo de figurar se mezcló en él con la afición á los placeres. Pretor el 48, se creyó mal recompensado de servicios que no había prestado ciertamente, y sin más títulos que algunas cartas humorísticas y muchas aventuras escandalosas, aspiró á los primeros papeles, que por su mal estaban tomados todos. En el momento en que de jefe popular y caudillo de guerra, se hacía César jefe del Estado con el mayor sentido político, hízose Celio demagogo, y pensó en buscar la fortuna poniéndose al frente de los pobres. Prometió su apoyo á los deudores que no quisieran someterse á la decisión de los árbitros, tan juiciosamente establecidos por César un año antes, y no presentándose nadie, recurrió á los grandes medios revolucionarios, á la suspensión del pago de los alquileres y á la abolición de las deudas.

El senado de César y su colega en el consulado Servilio mostraron felizmente mucha decisión. El cónsul prohibió á Celio ejercer las funciones de su cargo, y obstinándose el pretor en ejercerlas, hizo romper su silla curul y lo arrojó de la tribuna sin que se alzara una voz en el pueblo á favor de aquel representante rezagado de las violencias tribunicias. Después de este deshonor público y de tal abandono por parte del pueblo, el nuevo Catilina salió de Roma y acabó como él, pero con menos grandeza salvaje.

Celio había llamado de Marsella á Milón, que aun conservaba algunos gladiadores; y los dos procuraron excitar una sublevación en la Campania y en la Magna Grecia. No se les concedió ninguna importancia á aquellos aventureros



Farnaces II, rey del Ponto (5)

tan ambiciosos como oscuros, los cuales perecieron sin fama ni ruido, el uno en Cosa y el otro en Turios.

En los ocho meses que duró la lucha de la Grecia estuvo la ciudad en el mayor anhelo, que no dispó la noticia de la victoria de Farsalia, porque todas las fuerzas pompeyanas que habían quedado permanecían á las inmediaciones de Italia. Cuando llegó la nueva de la muerte de

(5) De una moneda de oro de este príncipe. Clarac, *Iconograf.* p. 1031, n.º 2984.

Pompeyo y se vió su anillo traído por Antonio, el entusiasmo hasta entonces incierto y guardado como en reserva al servicio de aquel de los dos rivales que designara la victoria, estalló al rededor del nombre de César. Antonio tuvo buen cuidado de dirigirlo de una manera útil á los intereses de su general, que fué elegido segunda vez dictador por un año entero (oct. 48); se le dió por cinco el consulado, el poder tribunicio por toda su vida, y el derecho de decidir de la paz y de la guerra, con la presidencia de los comicios de elección para las altas magistraturas. Así, como estaba ausente, no se eligieron para el año 47 más que tribunos del pueblo.

César tomó posesión de la dictadura en Alejandría, y puesto que no había cónsules, encargó á Antonio, su maestro de la caballería, del gobierno de la ciudad. Bravo, pero violento y licencioso, Antonio no tenía la energía perseverante ni la prudencia que las circunstancias reclamaban, y los siniestros rumores que cundieron sobre la apurada situación de César en Egipto hicieron indecisa su conducta, sin atreverse á hacer frente á los intrigantes y revolvedores, á quienes la muerte de César hubiera hecho acaso pasar el poder. El yerno de Cicerón, Cornelio Dolabela, hizo, como Clodio, que lo adoptara un plebeyo, para llegar al tribunado, y una vez elegido, reprodujo la proposición de abolir las deudas. Antonio resistió al principio flojamente; pero cuando creyó tener que vengar en Dolabela una ofensa personal, pasó al exceso contrario, y volvieron á renovarse en la ciudad escenas de violencia y de pillaje (1), como para probar hasta á los más incrédulos la indispensable necesidad que tenía Roma de un dueño. Afortunadamente llegaba éste ya: César desembarcaba, al fin, en Tarento, en setiembre 47.

Contra lo que esperaban muchos, su regreso no se señaló por ninguna proscripción; solamente confiscó los bienes



Asander, rey del Ponto (2)

de aquellos que aun conservaban contra él las armas en la mano y sacó á pública subasta los de Pompeyo. Dolabela y Antonio fueron licitadores y á ellos se les adjudicaron; sino que Antonio se negó á pagar el precio de los que le tocaron, contestando altivamente á las reclamaciones de César que eran su parte de botín. El dictador se contentó con imponerle una ligera restitución: César no estimaba á los hombres de su tiempo lo bastante para emplear

(1) Cic. *Philipp.* II, 25. En uno de estos tumultos perecieron 800 ciudadanos.

(2) De una moneda de oro.

con ellos la severidad, lo que hubiera sido suponerlos capaces de ser mejores, y por temperamento repugnaba las medidas de rigor.

Multiplió los cargos públicos; unos como la pretura, en interés del servicio; otros como los colegios sacerdotales para satisfacer vanidosas y pueriles ambiciones (3). Aumentó en un doble el senado, llamando á él bravos oficiales, como había hecho después de Canas Junio Pera, y dando



Dinamis, mujer de Asander (4)

la laticlavia á los más considerados de los provinciales (5). La nobleza romana se indignó naturalmente, llamando bárbaros á los recién venidos y persiguiéndolos con sus sarcasmos; pero aquellos supuestos bárbaros representaban en la curia una grande y nueva idea, la unidad del mundo romano.

Aunque corría el noveno mes del año, reunió los comicios consulares y proclamó á Fufio Caleno y á Vatínio. Algunos días después se hizo designar á sí mismo para el consulado del año siguiente, con Lépidio, y tomó al mismo tiempo la dictadura. Provisos sus partidarios de empleos y dignidades, pagó á los pobres el alquiler de un año y concedió á los deudores la supresión de los intereses de los tres últimos plazos.

Los soldados, por su parte, reclamaban también el cumplimiento de las promesas tantas veces renovadas, y los de la décima legión llevaron su enojo hasta la rebelión contra sus jefes. César lo supo y los convocó al Campo de Marte, adonde fué él solo, subió á su tribunal y les dijo que expusieran sus quejas.

A su vista se acallaron los murmullos; y avergonzados y confusos sólo pidieron sordamente sus licencias. «Os licencio, contestó al punto el general: idos, pues, *quírites*.» César encontró la más viva ofensa para ellos: los ha llamado ciudadanos, á ellos sus compañeros de armas, á sus vete-

(3) Aumentó también el número de los augures, de los pontífices y de los quinceviro. Nombró diez pretores en lugar de ocho (Dion, XLII, 51). Más tarde se elevó su número á doce, á catorce y hasta á diez y seis (Ibid. y XLIII, 59). Salustio, á quien nombró pretor, volvió entonces al senado del cual había sido expulsado.

(4) De una moneda. Esta princesa, hija ó nieta de Mitrídates el Grande, se casó en segundas nupcias con Polemón primero, rey del Ponto.

(5) César mismo habló de dos senadores alóbroges (Bell. civ. III, 59) y de un senador español (Bell. Afric. 28). Hemos visto que durante sus campañas tenía mesa franca para los provinciales de distinción, *illustrioribus provinciarum* (Suet. *Jul. Cesar.*, 48). El emperador Claudio atestigua que mucho tiempo antes de él suministraba Viena senadores á la curia romana.